

F1226

Z.3

V.4



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156063

Tipografía LA ACADEMIA, Ronda Universidad, núm. 6.—Barcelona

HISTORIA DE MÉJICO

CAPÍTULO PRIMERO

Algo sobre el engrandecimiento y caída del imperio azteca.—Prescott opina que fué un bien para la civilización la desaparición del imperio mejicano — Los males sufridos en el sitio fueron inevitables.—Todas las naciones juzgaban entonces la conquista como un derecho.—Invasiones y conquistas hechas sin derecho por otras naciones.—Las naciones mas ilustradas deben su origen á las conquistas.—Que los resultados de la conquista han sido ventajosos para los pueblos de Anáhuac.—Que la inquisición excluía á los indios.—No existía libertad de cultos en ninguna nacion cuando la conquista.—La unidad de opinion religiosa contribuyó á separar á los aztecas de la idolatría.—Intolerancia de los primeros ingleses que pasaron á la América del Norte, hoy Estados Unidos.—Ventajas que disfruta la actual sociedad mejicana con respecto á la antigua por motivo de los frutos y animales llevados por los conquistadores.—Comparacion entre las diversas conquistas hechas por otras naciones con la hecha por Hernán Cortés.—Que no se debe juzgar á los mejicanos por los escritos de uno que otro escritor.—Que las frases enérgicas contra los conquistadores, no han sido dictadas por odio á los españoles, sino por miras políticas.—Paralelo entre las colonias inglesas y francesas en América y las posesiones españolas.—Opinion de Humboldt, respecto al estado de civilización en que estaba Méjico durante el gobierno español.—Las ciencias y las bellas artes hicieron grandes progresos en Méjico.—Varios sabios mejicanos que llamaron la atención de Humboldt.—Elogios que hace de ellos.

Méjico, la nacion conquistadora de casi todas las que se encontraban en el fértil suelo del Anáhuac, habia cai-

do vencida, pero cubriéndose de gloria en su caída. La tribu que habiendo sido la última que se estableció en el valle, creció prodigiosamente, y llevando sus armas victoriosas por las mas lejanas provincias, extendió su poder hasta el Golfo de Méjico por el Oriente, excepto una parte insignificante del reino de Acolhuacan y los tres distritos de las tres repúblicas; por el Sudoeste y Mediodía, hasta el mar Pacífico, y por el Sur, casi hasta Guatemala; la nacion que, como la antigua Roma, llegó á ser señora de los diversos pueblos de aquella encantadora parte del Nuevo-Mundo, perdió de repente su poder y su influencia, viendo arrebatada su libertad por los mismos pueblos á quienes antes les habia privado de su independencía. Millares de víctimas y la destrucción de la ciudad mas hermosa del Anáhuac, costó esa conquista. Las calamidades que pesaron sobre sus habitantes durante el heróico sitio que sostuvieron cuando la conquista, y la sangre y desolacion que le acompañaron, se hubieran ahorrado probablemente, si no se hubiese verificado la expedicion de Narvaez. El emperador mejicano, la nobleza, los caciques y el ejército azteca habian reconocido al soberano de Castilla. Los gobernadores de las provincias feudatarias y el pais entero, en fin, obraron de la misma manera. La política de Hernan Cortés habia logrado que pasara el pais á formar una importante parte de la nacion española, sin haber disparado un tiro sobre las aguerridas huestes mejicanas. Un solo español, sin armas, cruzaba por las diversas provincias, alcanzando manifestaciones de aprecio en vez de oposicion, y encontrando en donde quiera que llegaba, una hospitalidad digna de elogio. Aun las naciones independientes de Méjico, entre las

que se encontraba Michoacan, acogian á los españoles con respeto y agrado; pero la armada enviada de la isla de Cuba por Diego Velazquez, dió motivo á que desapareciese la buena armonia establecida por castellanos y aztecas. Para batir á Pánfilo de Narvaez, se vió precisado el caudillo español á dejar en la capital á Pedro de Alvarado, y la imprudencia de este capitán, atacando á los nobles mejicanos en los momentos en que se entregaban á los actos de una de sus fiestas religiosas, motivó el justo grito de guerra, lanzado por la nacion azteca. El desembarco de las tropas de Narvaez en el país, interrumpieron los bien combinados planes de Hernan Cortés, y obligó á tomar á los asuntos un rumbo distinto del que estaba trazado por el caudillo español.

La nacion mejicana, que era la mas ilustrada y poderosa del Nuevo-Mundo, sucumbió, pero cubriéndose de gloria, bajo las armas de la que entonces era tambien la mas ilustrada y poderosa de las naciones de Europa. Todas las provincias que habian estado sujetas al conquistador imperio, celebraron con grandes regocijos su desaparicion. Esa desaparicion, sin embargo, nunca podria borrar la brillante historia de la que, de humilde tribu, se convirtió en señora de numerosas naciones guerreras y valientes. Los hechos de los mejicanos, desde que aparecieron en el valle de Méjico y formando unas frágiles chozas en una árida isleta del lago, extendieron su dominio por el pais entero, haciéndolo tributario y formando una capital espléndida, parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la realidad. Todo fué grande en los antiguos aztecas; su principio y su fin. Sin embargo, segun el juicioso y nota-

ble escritor Prescott, no se debe sentir la caída de un imperio, que nada hizo en favor de la felicidad de sus vasallos y de los verdaderos intereses de la humanidad. «A pesar, dice, del esplendor que en sus últimos días adquirieron por la gloriosa defensa de la capital, por la magnificencia y templanza de Moctezuma, por el heroísmo intrépido de Guatemotzin, los aztecas eran una raza fiera y brutal, poco á propósito, bajo cualquier punto de vista que se les considere, para excitar nuestra simpatía y consideración. Su civilización, tal como era, no les era propia sino copiada, acaso imperfectamente, de otra raza, á la cual sucedieron á la posesión del territorio, y como un generoso vástago ingerto en un tronco vicioso, no pudo llegar á perfeccionar sus frutos. Los aztecas dominaron sus vastos estados con una espada en lugar de cetro, y sus vasallos eran siervos destinados solamente á servir á su antojo, contenidos por el temor á las guarniciones militares y aniquilados con los impuestos en tiempo de paz, y con los reclutas en tiempo de guerra. Semejantes á los romanos en la naturaleza de sus conquistas, no los imitaron extendiendo como ellos los derechos de ciudadanos á los vencidos, ni los amalgamaron para formar una gran nación, por medio de derechos y de intereses comunes. Al contrario, los trataron como á extranjeros, aun á aquellos mismos que estaban agrupados en el valle, al derredor de las murallas mismas de la capital. La metrópoli azteca, siendo el centro de la monarquía, no tenía nada de común con las simpatías ni con los sentimientos del resto del cuerpo político: era extranjera en su propio país.»

A las anteriores reflexiones agrega otras con que procura probar que la caída del imperio azteca no debe ser sensible para nadie que estime en algo el adelanto de los pueblos y las luces de la verdadera civilización. Esta, según su opinión, no la podían recibir los pueblos del Anáhuac de los conquistadores mejicanos, cuyo yugo sufrían. «¿Cómo puede, dice, una nación, donde se ofrecen sacrificios humanos y donde se combinan estos mismos sacrificios con los usos de los caníbales, progresar en el camino de la civilización? ¿Cómo pueden consultarse los intereses de la humanidad en un país donde el hombre y el bruto que vuelve á la nada, se consideran de una misma especie? La influencia de los aztecas introdujo sus tétricas supersticiones en países que, ó no las conocían, ó no las observaban, por lo menos en toda su fuerza. El ejemplo de la capital fué contagioso; y así como en Roma los espectáculos de los gladiadores llegaron á celebrarse cada vez con más pompa, conforme iba en aumento el esplendor de la capital, así también, conforme crecía la opulencia de Méjico, las festividades religiosas iban adquiriendo una magnificencia más terrible. Hombres, mujeres, niños, la nación entera llegó á familiarizarse con estas horribles escenas, con estas repugnantes abominaciones y asistían á ellas. Así se endureció su corazón, y sus costumbres se volvieron feroces, la débil luz de la civilización que les había transmitido una raza más suave, iba debilitándose más y más, y millares de millares de víctimas por toda la extensión del imperio, eran engordadas anualmente en sus jaulas, sacrificadas en sus altares, condimentadas y servidas en sus banquetes. El país era un vasto matadero

de hombres. El imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.»

La alianza de los numerosos señoríos del Anáhuac con los españoles, uniéndose á éstos para derrocar el imperio mejicano, está justificada en la opinion del historiador norte-americano. No se ha de juzgar la conquista por los males pasajeros que pudo causar y que son comunes á todas las guerras, sino en razon de las consecuencias que en pro de la humanidad, de la civilizacion y del progreso hayan resultado á la sociedad.

No debemos discutir sobre si existia derecho alguno para que las armas de Castilla agregasen á la corona de sus reyes el imperio mejicano. Todas las naciones juzgaban en aquella época, como un deber de humanidad y de civilizacion, el extender su dominio sobre los países que vivian en la idolatría. Las naciones protestantes justificaban las invasiones por el derecho natural y por las exigencias de la civilizacion. Las católicas, por la misma civilizacion y por la salvacion eterna de la humanidad. Sin derecho conquistó Alejandro la Persia; sin él avasallaron los romanos casi á todo el mundo conocido entonces; los normandos la Inglaterra, y sin derecho invadieron á su vez el imperio romano, los godos, los francos y los lombardos. Sin embargo, á esa serie de invasiones operadas en el viejo mundo, deben su origen las mas ilustradas de las naciones actuales de Europa; y de esas invasiones, apoyadas únicamente en el derecho de la fuerza, ha hecho la Providencia que resulte el bien del mal, permitiendo el mejoramiento social y que se extiendan los conocimientos útiles entre los diversos pueblos de la familia humana.

Las mismas evoluciones se efectuaron en las vírgenes regiones de la América desde que el inmortal Colon dió á conocer al mundo las auríferas regiones escondidas tras del inmenso océano. La conquista de Méjico, que en aquel siglo se juzgaba no solo justa, sino meritoria, llegó á operar un cambio completo en el país; hizo desaparecer los odios que existian entre los diversos pueblos; formó de todas las naciones esparcidas en el vasto continente, una sola; llevó á ella sus plantas, sus semillas, todos los animales domésticos, su industria, su ciencia, su idioma, su literatura, sus códigos, sus costumbres; y al desaparecer de allí la administracion española, quedó formada una nueva nacion ilustrada y generosa, en la cual no queda ni vestigio de lo que fué la sociedad azteca antes de la conquista.

No creo que haya una sola persona ilustrada, que no encuentre en esa transformacion que han sufrido los antiguos pueblos del Anáhuac, resultados ventajosos para la ilustrada y moderna sociedad mejicana, para la humanidad y para el mundo entero. Bajo cualquier punto de vista que quieran examinarse los resultados producidos por la conquista, vendrá el hombre filósofo á conocer que sus consecuencias han sido ventajosas á la familia humana. Estremece de horror la lectura de los libros rituales del fraile franciscano Bernardino Sahagun, que estuvo empleado más de sesenta años en la instruccion de los mejicanos. En ellos especifica minuciosamente las festividades que en el año se hacian en honor de las sangrientas divinidades aztecas, el número de víctimas que se sacrificaban en cada una de ellas, el sexo, la edad, el tiempo que las

tenian engordando, el modo de su muerte, y el guiso en que se debía condimentar su carne. Era imposible que en una sociedad, en que la religion, base de ella, tenia establecidas las hecatombes humanas, la verdadera civilización pudiese avanzar vertiendo su benéfica luz. No se lee con menos horror la suerte reservada á los desventurados que caian en poder del enemigo en sus continuas guerras. Sesenta y ocho mil fueron los prisioneros que el rey mejicano Ahuitzotl, en 1486, hizo sacrificar en la apertura del templo levantado á Huitzilopochtli, en el sitio en que se halla la excelente catedral católica. Ciertamente es, como dicen algunos escritores, que la religion cristiana fué acompañada de la inquisición, pero es preciso advertir, que de la inquisición estaban exceptuados todos los indios, y que, por lo mismo, solo se estableció para aquellos europeos que fuesen judaizantes ó hubiesen abrazado otra secta, y cuya doctrina se opusiese á la católica en que se instruía á los nativos. Si los indios hubiesen visto divergencia en las opiniones religiosas de los conquistadores, hubieran dudado de la verdad de todas y hubiera sido muy difícil hacerles abandonar la sangrienta suya, que hasta entonces habian juzgado verdadera. La unidad que advertian respecto de religion en los hombres blancos, á quienes miraban como seres extraordinarios, les persuadió de que era la verdadera, y empezaron á abandonar los sacrificios humanos, abrazando la benéfica del Crucificado. Si como algunos escritores modernos pretenden, se hubiera establecido la libertad de cultos, que entonces no existía en ninguna nacion, y por lo mismo no tienen derecho para exigir que la España diera lo que ella ni nadie tenia, los nativos hu-

bieran defendido el suyo, alegando que no sabian donde estaba la verdad. La causa de la ida de los primeros colonos ingleses á la América del Norte, hoy Estados- Unidos, fué precisamente debida á la falta de tolerancia religiosa en su país natal. Y esos primeros colonos, los famosos *Peregrinos*, que marchaban huyendo de las persecuciones religiosas que asolaban la Gran Bretaña, llevaron consigo á la vez, el espíritu de intolerancia y de persecucion hácia los que no participaban de sus creencias. Pero hay que tener además presente una cosa esencial á la observacion de que el establecimiento del catolicismo fué acompañado de la inquisición. El ilustre escritor Prescott, distinguiendo con el recto juicio que resalta en todas sus obras, la esencia de las cosas del abuso que el hombre puede hacer de ellas, por benéficas que sean, ve en el sanguinario culto de los antiguos aztecas y en el repugnante canibalismo que le acompañaba, el mal en la esencia misma de su monstruosa religion, en tanto que el tribunal de la inquisición era completamente extraño á la religion católica que ha existido, existe y existirá sin él.

No fué menos importante para el adelanto y bienestar de los países del Anáhuac, los resultados de la conquista en la parte relativa á los delicados frutos agrícolas que se admiran en sus feraces campos, y en la abundancia fabulosa de toda especie de ganado que pasta en los extensos prados de aquel exuberante suelo. Rico en oro y plata antes de la conquista, no menos que en variados vegetales, que ocupan un lugar muy notable en la «Historia natural,» no lo era en las producciones que constituyen

el alimento principal del hombre. Sus inmensos y pintorescos campos no producian para el sustento de sus valientes hijos, mas que el maíz, la alubia, el pimiento, las tunas, ó higos chumbos, una especie de cereza, llamada capulín y algunas otras frutas. Los conquistadores llevaron el trigo, el arroz, el garbanzo, la lenteja, las habas, la col, la lechuga, las peras, las manzanas, el melon, la sandía, las naranjas, el limon, la uva, las nueces, las granadas, los higos y otra variedad de frutas de diversos países, entre los cuales se encuentran el plátano y el coco, así como entre las plantas, la caña de azúcar.

No resultaron menos ventajas á los nuevos países, de haber llevado á ellos vacas, toros, carneros, cabras, cerdos y gallinas; pues además del nutritivo alimento que proporcionan para el desarrollo de las fuerzas físicas, producen esos benéficos animales, otros comestibles no menos delicados y alimenticios como la leche, los huevos, la manteca, de que el hombre hace varios condimentos, no menos sanos que agradables.

Supongamos á la actual sociedad, privada, por un momento, de los inapreciables efectos que de mencionar acaba, reducida únicamente al maíz y al frijol (alubia); sin mas luz que la del ocote, pues se desconocian las velas y las lámparas; expuesta, perdida la cosecha del maíz, como sucedia con frecuencia, á la terrible calamidad del hambre, en que los indios iban á otros pueblos á vender su libertad como sucedió en tiempo de Moctezuma I, convirtiéndose en esclavos por algunas cargas de maíz (1);

(1) En 1452 Moctezuma I, «no pudiendo aliviar la miseria de sus vasallos, les permitió que se fuesen á otros países para proporcionarse el sustento; pero

sin caballos, asnos, ni animal ninguno de carga con que poder viajar ó conducir los cargamentos; sin vidrieras ni puertas en sus edificios; y tendremos que convenir en que tenia sobrada razon el venerable obispo Zumárraga, cuando decia á Carlos V que los indios, por carecer de los artículos referidos, eran la gente mas miserable. Acaso en la falta absoluta de los nutritivos alimentos que dejo mencionados, se encuentre la explicacion de la horrible costumbre de comer carne humana, y el apego á una religion sangrienta que les proporcionaba un sustento que no podian suplir con ningun otro.

Se dirá que el cambio maravilloso operado á causa de la conquista de los pueblos del Anáhuac, costó la destruccion de una admirable ciudad, escenas desgarradoras de sangre y algunos actos de injusticia dignos de censura. Pero por desgracia estos males son comunes no solo á las conquistas, sino á todas las guerras, aun á aquellas que se hacen entre hijos de una misma patria, por causas políticas. Lo que debe examinarse es, si ha habido una conquista en que se haya vertido innecesariamente menos sangre, y en que se hayan guardado mas consideraciones á los pueblos vencidos. Sesostris, el héroe de Egipto, que llevó sus conquistas mas allá que Alejandro mismo, empleaba á los pueblos vencidos en las obras con que quiso inmortalizar su nombre, tratádoles como á esclavos. Los

sabiendo que algunos se hacian esclavos por el alimento de solo dos ó tres dias, publicó un bando en el cual mandó que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz, y ningun hombre por menos de quinientas.»—Clavijero. Hist. ant. de Méjico.